

A.C. Grayling



Un viaje por el  
pensamiento universal

*Ariel*

A. C. Grayling

# Historia de la filosofía

Un viaje por el pensamiento universal

Traducción de Joan Andreano

*Ariel*

Título original: *The History of Philosophy*

Primera edición: octubre de 2021

© 2019, A. C. Grayling  
© 2020, Joan Andreano Weyland, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:  
© Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-3380-9  
Depósito legal: B. 13.387-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Sumario

<i>Prefacio</i> . . . . .	11
<i>Introducción</i> . . . . .	13

### PARTE I FILOSOFÍA DE LA ANTIGÜEDAD

1. LA FILOSOFÍA ANTES DE PLATÓN . . . . .	25
2. LOS FILÓSOFOS PRESOCRÁTICOS . . . . .	32
Tales . . . . .	34
Anaximandro . . . . .	38
Anaxímenes . . . . .	41
Pitágoras . . . . .	43
Jenófanes . . . . .	51
Heráclito . . . . .	55
Parménides . . . . .	60
Zenón de Elea . . . . .	65
Empédocles . . . . .	70
Anaxágoras . . . . .	75
Leucipo y Demócrito . . . . .	80
Los sofistas . . . . .	85
3. SÓCRATES . . . . .	93
4. PLATÓN . . . . .	102

5. ARISTÓTELES . . . . .	121
6. FILOSOFÍA GRIEGA Y ROMANA TRAS ARISTÓTELES . . .	143
El cinismo . . . . .	145
Epicureísmo . . . . .	149
El estoicismo . . . . .	155
El escepticismo . . . . .	164
El neoplatonismo . . . . .	175

## PARTE II

### FILOSOFÍA MEDIEVAL Y DEL RENACIMIENTO

7. LA FILOSOFÍA EN LA EDAD MEDIA . . . . .	193
Agustín . . . . .	193
Boecio . . . . .	199
Anselmo . . . . .	203
Abelardo . . . . .	207
Tomás de Aquino . . . . .	210
Roger Bacon . . . . .	219
Duns Escoto . . . . .	223
Guillermo de Ockham . . . . .	227
8. LA FILOSOFÍA EN EL RENACIMIENTO . . . . .	231
Platonismo en el Renacimiento . . . . .	234
Humanismo en el Renacimiento . . . . .	240
Pensamiento político del Renacimiento . . . . .	252

## PARTE III

### LA FILOSOFÍA MODERNA

9. EL SURGIMIENTO DE LA FILOSOFÍA MODERNA . . . . .	265
Francis Bacon . . . . .	267
René Descartes . . . . .	272
Thomas Hobbes . . . . .	280
Baruch Spinoza . . . . .	285
John Locke . . . . .	293
George Berkeley . . . . .	305

Gottfried Wilhelm Leibniz . . . . .	313
David Hume . . . . .	321
Jean-Jacques Rousseau . . . . .	335
Immanuel Kant . . . . .	342
La Ilustración del siglo XVIII . . . . .	358
10. LA FILOSOFÍA DEL SIGLO XIX. . . . .	371
Jeremy Bentham . . . . .	372
Friedrich Hegel. . . . .	381
Arthur Schopenhauer. . . . .	393
El positivismo . . . . .	399
John Stuart Mill. . . . .	401
Karl Marx. . . . .	406
Friedrich Nietzsche . . . . .	415
El idealismo. . . . .	423
El pragmatismo . . . . .	433

PARTE IV  
LA FILOSOFÍA DEL SIGLO XX

11. FILOSOFÍA ANALÍTICA . . . . .	447
Bertrand Russell . . . . .	454
Gottlob Frege . . . . .	470
G. E. Moore . . . . .	480
Ludwig Wittgenstein: su primera filosofía. . . . .	486
El positivismo lógico. . . . .	495
Rudolf Carnap. . . . .	506
Willard van Orman Quine . . . . .	509
Karl Popper . . . . .	518
Ludwig Wittgenstein: su filosofía posterior. . . . .	525
La filosofía del lenguaje ordinario. . . . .	530
La filosofía del lenguaje . . . . .	546
La filosofía de la mente . . . . .	567
Ética . . . . .	582
Filosofía política . . . . .	598
Filosofía feminista. . . . .	610

12. FILOSOFÍA CONTINENTAL.....	615
Edmund Husserl.....	617
Martin Heidegger.....	622
Maurice Merleau-Ponty.....	629
Jean-Paul Sartre.....	633
Hans-Georg Gadamer.....	642
Paul Ricoeur.....	647
Gilles Deleuze.....	651
Jacques Derrida.....	655
Pensamiento continental: un <i>salon des refusés</i> .....	659

PARTE V  
LAS FILOSOFÍAS INDIA, CHINA, ÁRABE-PERSA  
Y AFRICANA

13. LA FILOSOFÍA INDIA.....	677
14. LA FILOSOFÍA CHINA.....	696
15. LA FILOSOFÍA ÁRABE-PERSA.....	721
16. LA FILOSOFÍA AFRICANA.....	746
<i>Conclusiones</i> .....	755
<i>Apéndice. Un esbozo de lógica</i> .....	759
<i>Agradecimientos</i> .....	773
<i>Cronología de los filósofos</i> .....	774
<i>Bibliografía</i> .....	777
<i>Índice temático</i> .....	803

## La filosofía antes de Platón

Hay un muro entre nosotros y el mundo de la Antigüedad: el periodo del declive y caída del Imperio romano y el ascenso al poder del cristianismo. Edward Gibbon conectó ambos fenómenos, y culpó del segundo al primero. Tiene razón en gran parte. Hay que recordar que en el año 313, el emperador Constantino otorgó al cristianismo estatus legal y protección por medio del Edicto de Milán, y no mucho más tarde, en el 380, el emperador Teodosio I decretó, con el Edicto de Tesalónica, que el cristianismo sería la religión oficial del Imperio, proscribiéndose las demás. El cambio produjo rápidos efectos. A partir del siglo IV d. C., se perdió una vastísima cantidad de la literatura y cultura material de la Antigüedad, y una parte de ella fue destruida a propósito. Zelotes cristianos demolieron a golpes estatuas y templos, destruyeron pinturas y quemaron antiguos libros «paganos» en una orgía de aniquilación de la cultura previa que duró varios siglos. Se ha calculado que hasta un 90 por ciento de la literatura de la Antigüedad pereció en la masacre. Los cristianos tomaron las piedras de los templos derribados para construir sus propias iglesias, y sobreescribieron los manuscritos de los filósofos y poetas con sus escrituras. Es difícil comprender, y más aún perdonar, la inmensa pérdida de literatura, filosofía, historia y cultura general que esto supuso. Es más: en aquella época, el cristianismo existía en toda una variedad de versiones en competición, hostiles entre sí, y el esfuerzo (eventualmente con éxito) por lograr un grado de consenso en una versión «correcta» exigía tratar a las demás como

herejías y aberraciones merecedoras de supresión, incluso de supresión violenta.

En su ataque al pasado, el cristianismo tuvo ayuda de otros con una similar falta de interés en la alta civilización clásica: hunos, godos, visigodos y demás (los «bárbaros»), cuyas migraciones e invasiones a un decadente Imperio romano aceleraron su derrumbe.\* La disminución de la vida mental y cultural fue a la vez causa y efecto de la disminución de la educación; se escribían y publicaban menos libros, se imponían prohibiciones sobre lo que se podía leer y debatir, y las predecibles consecuencias de tales circunstancias fueron un aumento de la ignorancia y de la estrechez de miras. El cristianismo se congratula de que la conservación de fragmentos de la literatura clásica que consiguieron sobrevivir a esta época fue obra de monjes que, en siglos posteriores, copiaron algunos de los manuscritos supervivientes; y aunque esta no es sino una respuesta parcial, tardía e inadecuada al violento fanatismo destructivo de sus primeros fieles, debemos estar agradecidos incluso por eso.

Como sería de esperar, tan solo los textos considerados más importantes y sobresalientes de figuras así consideradas lograron sobrevivir e, incluso así, gran parte de la obra de algunas de las figuras más importantes pereció. Pensemos en esto: Aristófanes fue uno solo de una gran cantidad de dramaturgos en la Atenas de los siglos v y iv a. C. Por citas y alusiones sabemos los nombres de otros 170 dramaturgos cómicos y los títulos de 1.483 obras. Todas se han perdido: de más de 40 obras de Aristófanes, solo nos han llegado 11. Poseemos tan solo siete obras del autor trágico Esquilo, de los 70 títulos que conocemos. Imaginemos que, de las 36 obras impresas en el *Primer Folio* de Shakespeare (sabemos de, al menos, una obra perdida, *Cardenio*, escrita mano a mano con John Fletcher), solo quedaran cua-

\* Evidentemente hablamos del Imperio occidental; Bizancio conservó suficiente como para permitir a los invasores musulmanes, en siglos posteriores, beneficiarse de los restos del pensamiento clásico (véanse pp. 235-236).

tro. Si conociéramos los títulos de las 32 restantes, qué no especularíamos al respecto. Imaginemos que nuestros descendientes más lejanos solo tuvieran cuatro obras de Shakespeare, nada de Cervantes ni Goethe excepto sus nombres y su reputación; uno o dos fragmentos de Schiller, nada de Jane Austen ni de George Eliot excepto, una vez más, referencias laudatorias; unas pocas citas de las obras de Marx, una pierna del *David* de Miguel Ángel, una copia de una copia de un cuadro de Poussin, un solo poema de Baudelaire, unas pocas líneas de Keats, etcétera: solo restos y retales, y no siempre de su mejor producción; así es como están las cosas con respecto a la Antigüedad clásica y helénica. Y pensemos en esto: por accidentes o estragos de la historia, el futuro podría tener poco más que ofrecer a sus habitantes que esto. Es quizá irónico que fuese un pueblo asociado a otra religión oriental, el islam, el que, un par de siglos más tarde, irrumpiese también en el mundo clásico (o, más bien, en lo que era ya en aquella época el cadáver del mundo clásico) y salvase parte del legado de ese cadáver del olvido.\*

Como todo esto nos dice, lo que sabemos de los predecesores de Platón en la filosofía (se los conoce habitualmente como «filósofos presocráticos», pese a que algunos de ellos fueron contemporáneos de Sócrates) ha llegado hasta nosotros en retales y fragmentos. Existen dos fuentes para nuestro conocimiento de ellos: fragmentos, que son citas de sus obras en las de comentaristas posteriores, y testimonios, que son informes, paráfrasis o sumarios proporcionados por escritores posteriores. La erudita tarea de identificar y cotejar estas pruebas se denomina «doxografía». El término *doxógrafo* se aplica también a los individuos de la Antigüedad que conservaron los retales de los escritos u opiniones de los presocráticos al citarlos o hablar sobre ellos.

\* Recordemos que, para esa época, el Imperio romano oriental se había convertido ya en la totalmente cristiana Bizancio, no más interesada en conservar cuidadosamente y en pleno la cultura precristiana que las demás partes de la cristiandad.

Tanto Platón como Aristóteles resumieron y citaron a pensadores presocráticos, a veces de un modo impreciso, lo que ilustra a la perfección lo cuidadosa que debería ser la doxografía, dado que incluso estos gigantes se equivocaron. En efecto, Aristóteles es una importante fuente para nuestro conocimiento de los presocráticos, dado que hablaba a menudo de ellos y que tres de sus alumnos (Eudemo, Menón y Teofrasto) escribieron tratados sobre ellos. Menón se concentraba en sus tratados médicos, mientras que Eudemo escribía acerca de sus matemáticas y astronomía. Solo sobreviven algunos restos de los libros resultantes, en forma de citas y resúmenes en obras de autores aún posteriores. Teofrasto debatió las teorías de la percepción de los presocráticos en su obra *Sobre las sensaciones*, y su ciencia en su *Principios de la filosofía natural*. Sobreviven algunas secciones del primer libro, y solo el título de la última obra.

Aristóteles y sus discípulos escribían acerca de pensadores, algunos de los cuales habían vivido doscientos años atrás. La siguiente fuente importante es Cicerón, quien escribió doscientos años después de Aristóteles, en el siglo I a. C. El hilo se volvía más fino y más largo: el hilo de la memoria y de la transmisión de fuentes (copias manuscritas de copias manuscritas previas, con errores cada vez más abundantes). Cicerón era un serio estudiante de filosofía, que intentaba informar a sus conciudadanos romanos acerca del pensamiento griego. Pero, para aquella época, la primera era de genio filosófico ya había acabado, y en los siglos que sucedieron aparecieron nuevas causas de imprecisión, entre ellas las polémicas, como los escritos de Clemente de Alejandría, en el siglo II, cuyas comparaciones entre el pensamiento cristiano y la filosofía griega estaban diseñadas para favorecer al primero. Aun así, cita a algunos presocráticos, por lo que entra en el haber doxográfico.

El siglo II d. C. arroja una cosecha bastante rica para la doxografía. El filósofo escéptico Sexto Empírico citó extensamente a los presocráticos hablando de conocimiento y percepción, mientras que los *Moralia* de Plutarco los citan con respecto a un abanico aún más amplio de temas. Una obra anónima del mismo periodo llamada *Placita* [Opiniones] hace lo mismo. Se

pensó en un principio que era obra de Plutarco, de modo que, por comodidad, se llama a su autor desconocido Pseudo Plutarco. Con posterioridad, en el mismo siglo, Alejandro de Afrodisias citó a un gran número de presocráticos en su comentario a Aristóteles.

A principios del siglo III, el obispo Hipólito de Roma escribió una *Refutación de todas las herejías* en la que argumentaba que las herejías cristianas surgían de la filosofía griega, y citó extensamente la tradición griega a fin de refutarla, con lo que, paradójicamente, conservó las opiniones que tanto buscaba demoler.

Una de las fuentes más útiles para la historia de la filosofía griega es *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, de Diógenes Laercio, escrita en el siglo III d.C. Se trata de una obra útil y entretenida, aunque no siempre precisa. A veces, quizá incluso demasiado a menudo, se apoya en leyendas y rumores, lo que hace disminuir su valor; aun así, es muy apreciada. Además de resúmenes de biografías y opiniones, ofrece una bibliografía de obras filosóficas, que muestra una vez más cuánto hemos perdido.

Hubo un texto previo, por supuesto extraviado, del que bebió el *Placita*, y que más tarde sirvió como fuente para la *Antología de extractos, sentencias y preceptos* de Juan Estobeo, del siglo V. Ese texto primigenio se atribuye a Aecio, quien vivió alrededor del año 100, y de quien se cree que empleó como fuente el libro de Teofrasto. Otra importante fuente del siglo V es Proclo, uno de los últimos directores de la academia que Platón había fundado siglos antes. La Academia de Platón (la «Escuela de Atenas») fue clausurada por el emperador Justiniano en el año 529, junto con una prohibición generalizada de estudiar filosofía dado que entraba en conflicto con el cristianismo.

Una fuente doxográfica muy importante, pese a estar fechada un millar de años después del inicio de la filosofía presocrática, es la obra de Simplicio de Cilicia, en el siglo VI. En su comentario del Libro I de la *Física* de Aristóteles, cita a unos cuantos de los presocráticos más importantes y, en algunos casos, se trata de la única fuente de información que tenemos

acerca de sus opiniones e ideas. Es notable su confesión de que su razón para citar tan extensamente a uno de ellos, Parménides, incluso más allá de lo estrictamente necesario para su argumentación, es que las copias de la obra de Parménides eran tan extremadamente raras y difíciles de encontrar que sintió la necesidad de conservar parte.

Estas son las fuentes más importantes, pero no las únicas. Dispersas a lo largo y ancho de otros escritos hay menciones, anécdotas y fragmentos de información que la fina criba de la doxografía ha sacado a la luz. Proceden, por poner algunos ejemplos, de lo que queda de los escritos de Agatemero, el geógrafo del siglo III; de las *Crónicas* de Apolodoro de Atenas, escritas en el siglo II a. C.; del libro *Sobre el día del nacimiento* del gramático romano Censorino, en el siglo III, y de otras fuentes.

Como ya hemos señalado, ni los fragmentos ni —quizá incluso más importante— los testimonios pueden considerarse totalmente fiables. Más allá de su naturaleza breve y escasa, fueron citados e incluidos por escritores con sus propias motivaciones, a veces hostiles a las opiniones del filósofo citado o parafraseado. Cuestiones de idioma, interpretación, contexto y relación con otros fragmentos suponen dificultades a la hora de comprender lo que el fragmento u opinión citada querían decir realmente. Conviene tener en mente esta advertencia.

Como consecuencia de los grandes logros académicos del siglo XIX, en que el estudio de las fuentes doxográficas se benefició de los avances en filología (el estudio del lenguaje en textos históricos), fue surgiendo una historia de la filosofía primitiva, que pronto asumió un estatus de ortodoxia. Estudios académicos más recientes, incluidos el descubrimiento de textos como el Papiro de Estrasburgo, con frases previamente desconocidas de Empédocles, o el Papiro de Derveni, que contiene citas filosóficas de los himnos órficos, complican la bonita imagen ofrecida por la ortodoxia, y ponen parte de ella en solfa.\* Sin embargo, en líneas generales la ortodoxia es un

\* El Papiro de Estrasburgo y el de Derveni son casos célebres al respecto. El último es el texto original en griego más antiguo jamás descu-

buen punto de partida: los detallados refinamientos y críticas de las últimas investigaciones académicas tienen más sentido si uno sabe qué están comentando.

Esa historia ortodoxa es la que sigue.

---

bierto, y data de alrededor del 330 a.C. Se halló en una necrópolis al norte de Tesalónica en 1962, y han pasado muchos años de eruditos esfuerzos hasta poderlo leer e interpretar: una tarea aún incompleta. El rollo se conservó porque resultó parcialmente quemado en una pira funeraria. Contiene citas de Anaxágoras, Parménides y Heráclito entre material de un himno órfico de la creación y un comentario que asegura que el himno es alegórico. El Papiro de Estrasburgo contiene un poema de Empédocles y ha desempeñado un papel clave en debates acerca de la interpretación de su pensamiento.